

Domingo 22 de Marzo de 1840.

EL ENTREAUTO.

PERIODICO DE TEATROS,
LITERATURA Y ARTES.

Sale jueves y domingos. Los suscritores reciben gratis todos los meses un drama nuevo, y una hermosa estampa, y tienen entrada en un gabinete particular de lectura, establecido en la calle de Preciados, núm. 49. Los que se suscriben por trimestre reciben además otra estampa litografiada ó grabada en acero, la cual les será repartida de tiempo en tiempo, igualmente gratis.

Se suscribe á 8 rs. mensuales, 20 por trimestre y 73 para los provincias franco de porte.
Puntos de suscripción. En el despacho del periódico, librería de su editor, D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8. En las provincias en todas las principales librerías y administraciones de correos.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores cuyo trimestre concluye en 31 del corriente, se servirán renovar sus suscripciones con la debida anticipación, para no experimentar retraso en los envíos.

Rosini y los polacos.

Nuestros lectores sabrán ya quien es Rosini: un señor grueso que después de haber compuesto muchas óperas francesas é italianas se ha retirado á Bolonia á comer macarrones.

En Bolonia se halla Rosini detestado de todos. ¿Y por qué? Los unos dicen que es egoísta y otros que un genio, y ya se sabe que lo que menos perdonan los italianos á un compatriota es el ser un hombre de genio. Lo mismo sucede en España. Ninguno es profeta en su país.

A pesar de esto, Rosini no piensa en abandonar su ingrata patria. En vano se honran ofreciéndole su suelo las naciones extranjeras, y particularmente Francia. Rosini permanece sordo como si no fuera músico. Rosini ha dado un eterno á Dios al bello país de Francia; los polacos le han hecho salir de ella. Veamos como.

En la época en que el *cisne de Pésaro* residía en Francia, París estaba inundado de refugiados polacos. Una ola de este gran diluvio político fue á calentarse á la chimenea de Rosini, y Rosini reanimó y entretuvo alegremente esta ola, que le juró en polaco un reconocimiento eterno.

Los polacos cumplieron su palabra de tal modo que no cesaron de ponderar á sus compatriotas la generosa hospitalidad del maestro, de suerte que Rosini se vió rodeado sucesivamente de otras cinco ó seis compañías de polacos.

El gran compositor los recibió con una cordialidad encantadora. «Señores, les dijo, vosotros sois polacos y yo soy italiano; vosotros sois guerreros y yo soy artista; vosotros pobres, yo rico; vosotros tenéis hambre y yo estoy saciado; justo es pues que mireis mi casa y mi mesa como vuestra, y así os suplico que useis de ambas cosas como si os perteneciesen.»

Pero á poco Rosini tomó una silla de posta, y no paró hasta Bolonia y prohibió á sus criados y familia pronunciar el nombre polaco, porque la menor alusión á la mazourka le daba ataques de nervios.

No crean nuestros lectores que la antipatía de Rosini hacia los heroicos hijos de Polonia proveya de un sentimiento de avaricia. No; la causa de su aborrecimiento no provino de que fuesen á participar de su lumbre y de su mesa cinco ó seis bandadas de polacos: el único, el verdadero motivo de su horror hacia ellos era el haberse atre-

vido á decir al célebre maestro que preferían la *Mazourka* á la *Farantela*, *Mayerbeer* á *Rosini*, los *Hugonotes* al *Barbero de Sevilla*.

Desde entonces Rosini les deseó en su corazón cuantas calamidades patrióticas humanas y civiles pudiesen sobrevenirles.

Rosini dejó pasar muchos años sin querer escribir ni una canción.

La noticia de su silencio comenzaba á inquietar á la Europa musical. Todos preguntaban si *Rosini* había muerto. Sus amigos, sus discípulos, sus admiradores, le escribieron repetidas veces. ¿Que haceis? Despertaos... No consentais que se diga que se ha agotado vuestro genio. Estad como un trueno &c. &c.

El que más se interesaba en la gloria del maestro era el célebre cantor *Duprez*. Tres cartas le escribió en una sola semana.

Para poner término á esta correspondencia, *Rosini* se decidió á dar señales de su vida musical y envió al célebre tenor de la ópera una linda y sobresaliente canción.

La casualidad quiso que en el momento que *Duprez* recibía esta prueba manifiesta de la amistad del genio de *Rosini*, muchas señoras caritativas vendiesen objetos preciosos para socorrer á los indigentes.

Estas señoras suplicaron á *Duprez* que les regalase alguna cosa notable para agregarla á dicha venta.

Duprez poseía alguna cosa notable, su voz; pero esta no la podía regalar á los indigentes de estas señoras. Viéndose en esta situación las envió la canción de *Rosini*.

El 31 de diciembre se vendió la canción (escrita de mano del maestro) por cien lises, los cuales han ingresado inmediatamente en la bolsa de las señoras.

¡Estos pobres son polacos!
¿Qué dirá Rosini cuando lo sepa?

El mundo al revés.

El que quiera ver el mundo patas arriba, no tiene más que venir á mi casa. Los vice-versas que se observan en ella ofrecen un cuadro tan variado y divertido, que no hay más que pedir.

Como soy redactor de periódico, no solo no tengo criada, pero ni aun esperanzas de tenerla. En su consecuencia, todo lo que se hace en casa es preciso que lo haga la familia; pero como mi muger ha dado en el capricho de no querer arrimar un puchero á la lumbre, me veo en la precisión de hacerme el almuerzo, la comida y la cena, mientras ella se marcha al baile, á la tertulia ó al teatro. Esto en los días en que se almuerza, se cena ó se come, que cuando no hay para qué, entonces no tengo otro que hacer sino escribir artículos de periódico.

El único que pare en mi casa soy yo: mi muger es absolutamente infecunda; al paso que yo, zanguango de

mi, no hago otra cosa que parir y parir, y gracias que a cada parto no se sigan media docena de abortos. Doy por bien empleado este trabajo con que su divina magestad ha querido proporcionarme el purgatorio en este mundo para ganar el cielo en el otro. Ya conocerán los lectores que los partos y abortos de que hablo son mis artículos, esos hijos queridos de mi pobre caletre, los cuales me deben el ser como puede deberlo a su madre el hijo que acaba de dar á luz.

Mi suegra, que es una buena muger y la tengo en mi compañía, se rasura un día sin otro, mientras yo que no tengo todavía hilo de barba, no necesito las navajas de afeitarse para maldita de Dios la cosa.

Mi hermana festeja á un capitán en vez de ser festejada por él, no es este el vice-versa menos digno de atención que se observa en mi casa. Por lo demás, no quiero decir, ni lo sueño, que mi hermana traspase en lo mas mínimo los límites del decoro: digo solo que habiéndole petado el capitán y no gustando él de ella, han trocado los papeles de un modo que aunque no es nuevo, es sin embargo muy gracioso. Ella es el amante que da quejas, y se declara y le pide su mano: él es la amada desdeñosa que responde con desvíos á las declaraciones de amor que se le hacen. Y como mi hermana no piensa en otra cosa que en festejar y festejar, tampoco me ayuda en la cocina y me veo en la precisión de hacérmelo todo.

En cuanto á coser, Dios guarde á vd. muchos años: sino fuera porque mi suegro enhebra alguna vez la aguja, nunca se me remendaría la ropa.

Otra hermanita que tengo (y aquí concluye mi familia) no tiene mas que seis años, y pasa todo el día jugando al trompo, á la pelota y á los soldados. Hace bien en dedicarse á los ejercicios de los muchachos, porque segun las trazas, manifiesta ya un rostro tan varonil que creo no pasarán otros seis años sin que se vea en la precisión de afeitarse como mi suegra.

Este invierno no hemos tenido brasero, y me veré en la precisión de comprarlo al verano. Como soy redactor de periódico, y por consiguiente paupérrimo, no tengo otro medio mas espedito para ir amueblando la casa que comprar los muebles que necesito, en la estacion que no se usan, porque los encuentro mas baratos. Lo mismo me sucede con la ropa: los capotes los compro en el mes de julio cuando el termómetro señala treinta y tres grados sobre cero, y los pantalones de dril allá por los dias de natiuidad cuando todos se mueren de frio.

Hasta el año pasado, siempre fui en invierno vestido de verano, y en verano vestido de invierno, lo cual segun la expresion de don Quijote, es una de las mayores calamidades que pueden afligir al hombre.

La cocina la tengo en la alcaña por la sencilla razon de no caber en el dormitorio sino la tinaja y el tiesto para la lumbre. En cambio tengo mi escritorio en la cocina, y el fogon me sirve de mesa.

Los libros los tengo en el cofre, y la ropa en el estante; y es que al baul le falta la tabla inferior, y es preferible que los libros descansen en el suelo, mejor que la ropa.

El tintero que me sirve para escribir no es cosa para ser dicha: él que tenía antes con sus cuatro agujeros para meter las plumas, me he visto en precisión de destinarlo para helon de cuatro mecheros.

En fin, mi casa es un galimatias de lo que no hay, un verdadero mundo al revés como dice el oficial cuya mano pretende mi hermana. ¿Qué quieren ustedes? Asivivió Cervantes con menos motivo que yo, exceptuando por supuesto lo de la suegra, la muger y las hermanitas. Pero al cabo le han alzado una estatua y váyase lo uno por lo otro. ¿Quien sabe si con el tiempo me levantarán otra á mi?

DON YO.

POESIA.

La cortesana.

Desventurada muger
Que viviendo entre placeres
Te olvidas de tus deberes
Y hasta de tu mismo ser,
Sin pensar que has de morir.

Oye en fin esa campana
Que en metálico sonido
Te recuerda, cortesana,
Que antes que llegue mañana
Puedes dejar de existir.

Que es la vida fugitiva,
Y el pedestal en que estriba
Es muy debil ¡vive Dios!...
Los que ora te adoran viva
Muerta te despreciarán.

Si ahora te idolatran ciento,
En cuanto llegue el momento
De cerrar con triste losa
Tu lúgubre monumento,
Cien de ti se olvidarán.

Vives sin conocer lasas
En tus lúbricos deseos
Y en aqueste mundo pasas
Entre encages y entre gasas
Cual ligera aparicion.

Y ostentando aquellos dones
Que te dió naturaleza,
En mil ardientes pasiones
Enciendes los corazones
Y no tienes corazon.

Por el mundo desahuciada,
Si encanecen tus cabellos,
Vivirás triste, encerrada;
Y aquella gloria pasada
Tu mente recordará.

Noches de amargura llenas
Y del vicio las cadenas
Arrastrarás siempre, si:
Mas no llores que tus penas
Como todo pasará.

Soñé yo con mi pasión
Y estampé en tu labio un beso
Que solo sirve de peso
Que oprime mi corazon
No dejándome llorar.

Que yo tambien adoré
Tu figura tan esbelta,
Y en mil venturas soñé
Y lo que entonces gocé
Se ha convertido en pesar.

Ebrio yo con mi ventura
Tarde llegué á conocer
Que era solo tu figura
Como pinta la escritura
Los sepulcros del señor.

Ya por fin abrí los ojos,
Y cuando me vi de hinojos
A tus plantas, comprendí
Que era una senda de abrojos
Lo que apellidan amor.

Mira, muger, que tu gloria
Pasará con tu memoria:
Mira que á los que finaron
Los mortales olvidaron
Para pensar en vivir.

Mira que solo las rosas
Del vecino cementerio
Crecerán sobre las losas
De las candidas esposas
Que dejaron de existir.

Las venales plañideras
Seguirán á tus despojos
Dando voces lastimeras,
Pero lágrimas sinceras
Nadie por ti verterá.

Escucha ya la campana,
Fementida cortesana,
De aquel lejano convento,
Que así al último momento
De tu vida sonará.

Vuelve en ti, ya, desgraciada
Recuerda que no eres nada;
Vuelve á Dios tu pensamiento:
Mira que llegó el momento
Tan solo de la oracion.

Sobre tu cabeza hermosa
Pon la toca ruborosa;
Trueca en ceniza tu lecho,
Y destierra de tu pecho
Toda mundanal pasión.

Corta ya aquesos cabellos,
Que si son rubios y bellos,
Y si adornan tu figura,
Al cielo no puedes pura
Por ser rubios aspirar.

Corre, corre fementida,
Y en el templo solitario
Los delirios de tu vida
Ante el Cristo del calvario
No te causes de llorar.

A. G. DE OCHOA.

La muerte de Rafael.

III.

El alma de la jóven Fornarina se hallaba entregada al parasismo de la pasión. No había advertido el tono de burla y de envidia con que la hablara el pintor, y se había dejado dominar por el demonio de los celos que Fornasino encendiera en su corazón. La redoma que contenía el filtro de admirable virtud le abrasaba el pecho; ¿Qué era lo que esto significaba?

Fornarina se hallaba absorbida en sus meditaciones hasta que entrando dos personas en el taller la hicieron volver en sí y se retiró á una estancia inmediata.

El uno de los recién venidos era de alta estatura; de aire grave, barba cerrada y de serias y altivas facciones. Su nombre, Miguel Angel Buonarroti. El otro era un jóven. Su semblante pálido era un reflejo de la melancolía de que se hallaba poseído; su nombre, Andrea, aunque se le llamaba *el Friso*; era un discípulo del ilustre Florentino.

—Ya hemos llegado. Ya ves que he sido bastante necio para seguirte... pero yo no veo nada más que un simple taller de un pintor? Que causa alegraría yo si me sorprendiese aquí el jefe de los esbirros? (1) Semejante humillación sería para mí la muerte.

(1) Llamaban así á Rafael sus rivales porque la común admiración que sus talentos escitaban atraía en torno suyo muchos artistas.

—No vendrá tan pronto, respondió Andrea. Examínad despacio esos lienzos. Ved esa virgen; allí Psiquis y Cupido, aquí este retrato del maestro.

—Yo he visto centenares de pinturas tan buenas como estas y si no hay otra cosa, esto no merece la pena de habernos introducido aquí furtivamente, como unos ladrones.

Hay una obra en el caballete. Veámosla. Diciendo esto Andrea, se adelantó hacia el lienzo y quedándose inmóvil repentinamente lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué tienes, Andrea? preguntó Angelo acercándose al discípulo.

Al ver el cuadro, su semblante esperimó una emoción convulsiva, y aunque procuró vencerse, le fué imposible ocultar el sentimiento de que se veía escitado.

—El diseño es bueno, dijo con indiferencia; no me disgusta el colorido; siempre se ha mostrado hábil Rafael en estas dos partes del arte. Si fuera tan grande en la invención como en la ejecución, me complacería en admirarle.

No obstante lo que decía Angelo, sus ojos estaban fijados en el cuadro, y como encadenados por su belleza no podía apartarlos de él.

—Esto, continuó diciendo despues de una pausa, pondrá el sello á su gloria; es una obra que escede en hermosura á las de sus antepasados. Si, no hay duda que Rafael es un gran artista.

—Oh! ha llegado el instante más feliz de mi vida! un Buonarroti me llama artista! interrumpió Rafael que había entrado sin ser visto y sido testigo de la escena anterior. Al decir esto su frente se cubrió de palidez. Angelo se volvió indignado.

—Es un vil proceder el espiar mis palabras, dijo con voz apagada. Yo estoy algo indispuerto, y como mi cabeza se halla trastornada, mi juicio debe ser prematuro. Andrea que fatalidad nos ha traído aquí?

—Ah! que placer esperimó al ver al hombre más grande del siglo! exclamó Rafael. Por qué os marcháis con enojo? Por qué me odiais, cuando yo os amo tanto y me inclino ante vuestro genio?

—Ah! yo reconozco en vos con todo mi corazón y reverencia al artista más grande que tenemos, y os cedo gustisimo mi lugar.

—Si conocieseis vuestras propias fuerzas, no lo hariais así, dijo Angelo.

El hombre que se halla penetrado de su grandeza no debe inclinarse ante otro. Yo al menos, no quisiera verme colocado ni en segundo lugar. Permitidme, pues, que me retire y no atribuyais á curiosidad mi presencia en vuestra casa: me hallo algo delicado y he venido cediendo á las instigaciones de Andrea.

—Oh! no os marchéis aun, maestro, dijo Rafael; jamás la fortuna me ha favorecido tanto como en este momento.

Diciendo esto llamó á un criado.

—¿Quién ha dado esa puñalada á vuestro retrato, noble maestro? preguntó Andrea: la herida es en el pecho.

—¿Qué! exclamó Rafael admirado; cuando yo he salido estaba intacto; un puñal se ha armado contra mi vida! Oh! Dios mío, no hay necesidad, porque la muerte prevendrá sus golpes.

—Estraño suceso! exclamó Angelo: ¿quién habrá sido el miserable que se haya atrevido á cometer tan vil acción?

—Rafael se hallaba sumergido en una profunda meditación. Fornarina entró en la estancia, é imprimiendo un beso en la frente de su amado, le ofreció el gracioso canastillo lleno de sabrosos frutos.

—Vamos; tu amor se ha adelantado á mis pasos, dijo Rafael, mientas que yo medirigia á tu casa, tu me esperas aquí. En excelente ocasión viene tu regalo. Yo me regocijo infinito y creo que tu también te alegrarás de que sean partícipes de éstos señores.

En esto entró el criado y Rafael le mandó traer unas botellas de vino y copas.

Fornarina no sabía á que atribuir la distracción en que

había encontrado á su amante. El recibimiento que la había hecho le parecía muy frío. Se acordó de las palabras de Fomassino; le parecía muy breve lo que Rafael le había dicho; y no descubría en el beso y las gracias de la emición y quién no encuentra celos en donde quiere verlos?

El criado entró con las botellas.

—Tomemos juntos esta colación, señores, y tu también, Fornarina mia.

El vino mostraba su color bermejo en las copas. Buonarotti bebía aunque á pesar suyo. Fornarina vertió con suma prontitud, en la copa de Rafael, el filtro que contenía la redomita que le había regalado Fomassino. Su corazón latía con fuerza, se hallaba atormentada de una cruel ansiedad y anhélaba unirse á su amante con lazos más fuertes é indisolubles. No obstante, cuando Rafael bebió el licor le vino á la imaginación una terrible idea que la hizo estremecerse: si el líquido de esta redoma fuera veneno...

¡Cielos! que calor siento en la frente, dijo Rafael después de una pausa. Un torrente de fuego circula por mis venas.

—El vino es muy espirituoso; interrumpió Buonarotti.

—Este fuego me devora, yo no debía haber bebido. Ah! ya sabía yo que llevaba la muerte en mi corazón. Hoy murió el rededor de los hombres; hoy es el aniversario de mi nacimiento, también será el de mi muerte. Fornarina ¿me amas?

Pálida como un sudario y con los ojos arrasados en lágrimas, la hermosa jóven le constestó dándole un abrazo con ardor y cubriendo su boca de besos.

—Cesa, querida mia, dijo Rafael, sumamente debilitado. Quieres aumentar el fuego que abrasa mi corazón. Ah! me siento muy malo.

Buonarotti enternecido vivamente por esta escena, dijo á Rafael. Tal vez el aire os alivie.

—Un aire fresco y calmado que entró por la ventana que había abierto Angelo, levantó la negra cabellera del pintor de Urbino.

—Mil gracias por esta prueba de amistad, respondió Rafael.

—Ah! ya respiró el aire puro y dulce que viene de Dios. La naturaleza es tan bella como la vida. Pluguese el que manda en todas las cosas que se lanzase mi alma á las regiones celestiales sobre ese suave céfiro!

—No morirás, Rafael, exclamó Fornarina en estremo agitada: oh! no morirás. Dios oír mis súplicas. Piedad! piedad, santa madre de Dios! Piedad! por el amor de vuestro hijo! virgen divina ¿os disgustais de oír mis ruegos? Ah! si muriere Rafael, que es mi vida, yo le seguiría á la tumba.

—Consúlate, querida, dijo Rafael; es necesario que vivas para acordarte de mí. Por el amor que nos tenemos, prométeme no atentar contra tu vida.

Fornarina se lo prometió sollozando.

Rafael postrado de debilidad se hizo llevar á su lecho sostenido por Angelo y Andrea. Este último fué á llamar á instancia suya á sus discípulos predilectos Julio Romano y Francisco Penni. En breve llegaron estos con un médico.

Cuando entraron en la estancia, Fornarina tenía abrazado al moribundo, y cuando el médico los separó, se arrojó al lado de su lecho bañándole la mano con sus lágrimas. En esta actitud esperaba trémula la sentencia del médico, el cual declaró que Rafael se hallaba atacado de una fiebre ardiente, cuyo germen inerté durante algún tiempo, acababa de desarrollarse con violencia.

—Luego, no soy su asesino, dijo interiormente Fornarina.

—Pobre jóven! tu lo eras, no obstante.

—Que cuadro tan conmovedor!

Fornarina se hallaba arrodillada á un lado, los dos discípulos se deshacían en lágrimas en el otro; y á su lado estaban, las manos juntas, Buonarotti, Andrea y el médico.

Yo conozco que se acerca mi muerte, queridos amigos, dijo el enfermo con voz apagada. Os agradezco vues-

tro afecto, y ruego á Dios os lo recompense. Os dejo sin amigos, sin protectores; pero Dios en su infinita bondad os dará uno; Buonarotti, vos sois un hombre de bien, á vos pues os confío su suerte. Fornarina, tu que eres lo que yo mas amaba en el mundo, no es posible al hombre espresar el dolor que sufro al tenerme que separar de tí. Todos mis bienes te pertenecen; ellos te pondrán para siempre al abrigo de la necesidad. Yo imploro para tí las bendiciones del Todopoderoso. Fieles discípulos, mis cuadros son vuestros; una pequeña parte de su producto bastará para socorrer á mi pobre primo D' Urbino. Ahora, enseñadme por última vez mi obra comenzada.

El caballete fué colocado delante de su lecho. Rafael con las manos piadosamente unidas, se sonrió al aspecto de su obra.

—Yo no la puedo acabar, dijo: Gloríficame, yo voy á ver al señor en todo su esplendor y serenidad. Acábalala tu, Julio Buonarotti; ¿me tienes aun rencor?

—Angelo tenía los ojos bañados en lágrimas.

—Muere en paz, respondió, alargando la mano al moribundo; yo no te he odiado jamas.

—Fornarina un beso aun.

—..... Si, padre mio.

Fornarina lanzó un grito: Rafael ya no existía.

La noticia de su muerte cubrió de luto á toda la ciudad. Al ponerse el sol se sacó del Tiber el cuerpo de un hombre traspasado con tres puñaladas. Era Fomassino.

VARIETADES.

Teatros nacionales.

TEATRO DE VALENCIA. El 15 se ejecutó á beneficio de la señora Magdalena Martínez, primera donna tiple de la compañía italiana, la ópera en dos actos del célebre Donizetti, titulada *Ana Bolena*.

TEATROS DE CÁDIZ. En el principal el 11 se puso en escena la comedia en cuatro actos nominada: *El que dirán y el que se me da á mí*. El 12 á beneficio de doña J. Baus. el drama en cinco actos, titulado *El castillo de san Alberto*, y la pieza en un acto, nominada *El amante prestado*.

DEL BALON. El 13 se puso en escena, á beneficio del primer apuntador don José Lujan, la comedia de nuestro antiguo teatro, titulada *Las mocedades del Cid*, y bodas de doña Jimena.

TEATROS.

PRINCIPE. *A las siete de la noche.* Se dará principio con una brillante sinfonia, y á continuación se ejecutará la comedia nueva, original, en tres actos, titulada

LA VISIONARIA.

Concluida, la señora Díez y el señor Casas bailarán un *Pax-de-Déux*; á que seguirá la comedia también nueva, original, en un acto, nominada

LANCES DE CARNAVAL.

Finalizando con las manchegas de la *Caritéa*
CRUZ. *A las siete de la noche.* Se volverá á poner en escena la aplaudida ópera en dos actos, del célebre Bellini, titulada

NORMA.

NOTA. Se está disponiendo, y se ejecutará en la noche del martes próximo 24 del corriente marzo, una función extraordinaria, á beneficio del bajo cantante de la compañía don Francisco Calvet; compuesta de piezas escogidas, y cuyo pormenor se anunciará en los carteles de mañana.

EDITOR, DON IGNACIO BOLA.

IMPRENTA DEL ENTREACTO.